



Dios sigue llamando

A pesar de todos los obstáculos, he decidido irme al seminario para ser sacerdote. Estoy haciendo magisterio, he tenido una amiga entrañable, tenía mi futuro más o menos previsto..., pero me lo he pensado y voy a dar este importante paso para comenzar una vida diferente.

Hijo mío —no para de insistir mi madre—, ¿no has pensado que nos vas a dejar sin descendencia? ¡Mira que eres hijo único!

¡Con lo fácil que tenías el futuro y ahora te vas a complicar la vida y nos va a arrastrar a nosotros! Tu padre dice que te deja ya la herencia, para que administres las tierras que te corresponden (si no la aceptas ahora, la perderás en el futuro); que se gana más en otras profesiones; que ya nos ha costado bastante para darte los estudios hasta el día de hoy y que no te piensa seguir pagando otras carreras, y menos para ser sacerdote; que hoy en día la Iglesia no está bien vista y quién sabe lo que puede pasar; que una cosa es creer en Dios y otra desperdiciar la vida de esta forma.

Tu eres tonto, ¿no sabes que no vas a poder tener relaciones sexuales? —me dicen, sonriendo, mis amigos—; no vas a poder disfrutar a tope de la vida; vas a tener que vivir sometido a lo que te vayan mandando; vas a tener que defender posiciones en contra de lo que piensa la mayoría de la sociedad; ¡menuda vida que te espera!: la misa y el rosario, los entierros...; ¡seguro que con el paso de los años te arrepientes!, no cometas esa locura; si fuera para una temporada, como los que se van con una ONG a los países pobres a tener una experiencia de solidaridad..., ¡pero para toda la vida!; tú no sabes lo que haces, ¿quién te ha comido el tarro?.

¡Qué desperdicio, vamos, Luis! No es que estés buenísimo, pero un buen partido sí que eres: no tienes mal tipo, serías un estupendo esposo y un buen padre... ¡Vamos, un auténtico despropósito! —refieren mis amigas, enfadándose—; ¡a ver si lo vas a hacer para darle en las narices a Paquita!, eso va a ser, que el otro día conoció al nuevo vecino y él estuvo de tonto con ella...; además, tú no vas prácticamente por la Iglesia, ni dabas religión en el instituto; seguro que lo que quieres es llamar nuestra atención; ¡desde luego, qué cosas!, si yo fuera Paquita, ¡te iba a dejar escapar!, ya concretaría una buena proposición para llevarla a la práctica.

Creía conocer a las personas; pensaba que tenía una idea real de la sociedad y de las posiciones de la gente. Y es ahora, cuando he compartido mi decisión, cuando parece que estoy abriendo los ojos. ¿Por qué van a la Iglesia? ¿Qué les supone creer en Dios? Me desconciertan sus reacciones, pero no me echan para atrás. Comprendo que estamos en planos distintos desde los que es difícil ni siquiera dialogar.

Te escribo todo esto, querido amigo Fernando, —tú que has compartido conmigo muchos momentos de la infancia y la adolescencia, aunque llevemos sin vernos unos años— para expresarte mi situación personal y que, al menos tú, puedas llegar a comprender mi decisión.

Ya sabes que yo le doy vueltas a las cosas. No me encuentro satisfecho con comer, ir a clase, salir con los amigos, ir de juergas... Noto dentro de mí como un vacío, como una necesidad de buscar algo diferente que llene de verdad mi vida. Estoy buscando. Y creo que veo la solución en Jesucristo. Me siento tremendamente atraído por su personalidad y por su mensaje. Creo que el mundo puede ser mejor y no quiero quedarme con los brazos cruzados. Creo que es posible la felicidad cerca de Dios y alejado de los estereotipos que nos marca la sociedad. Creo que la Iglesia juega un papel importante en humanizar la sociedad y en hacer mejor a las personas. Creo que ser sacerdote es una manera clara de apostar por todo esto. Y me he decidido, Fernando: me voy al seminario; nunca he tenido tan claro, como ahora, lo que quiero ser y hacer en la vida. Y creo que no es una cabezonería, sino que Dios sigue llamando.



Pedro Crespo Arias
Párroco de San Pedro Apóstol